

INTRODUCCIÓN

La elaboración de una obra de teología en la cercanía del año 2000 difícilmente puede escapar a lo que significa esa fecha. Dejando de lado otros aspectos más coyunturales, la celebración del segundo milenio del nacimiento de Jesús de Nazaret, pone ante los ojos la centralidad de Cristo en la historia de los hombres. Al mismo tiempo, el jubileo encierra una invitación a hacer un balance cuyo resultado no sea ni la autocomplacencia ni el pesimismo por la historia vivida, sino más bien un estímulo –y un compromiso– para seguir anunciando la salvación traída a los hombres por Jesucristo. Anuncio y compromiso que tienen por destinatarios a los hombres de nuestro tiempo, un tiempo marcado por una fuerte conciencia de que se está asistiendo al comienzo de una nueva época.

La conciencia de comenzar una nueva etapa de la historia exige a la teología realizar su propio examen, ahondar en su historia particular para recoger la antorcha de lo permanentemente vivo, de lo construido por las generaciones de doctores, teólogos y santos que han meditado, vivido y reflexionado, en la Iglesia, la revelación de Dios a los hombres. Dicho de otro modo, la teología está llamada a partir de su propia tradición, que es radicalmente tradición de fe, pero al mismo tiempo, tradición teológica, de ciencia y de sabiduría humana de lo divino, y desde ella abordar los retos que a su servicio a la fe plantean los fenómenos de nuestro tiempo.

La tarea de discernimiento y de propuesta que es propia de toda la teología, compete especialmente a un manual de Teología Fundamental que aspira a introducir de manera completa a los alumnos en las realidades básicas de la teología, aquellas que, sin constituir los misterios primeros, son las formas radicales como esos misterios llegan al hombre. Al abordar el estudio de la revelación de Dios y de la fe del hombre, a las que se añade la credibilidad que subraya el aspecto *humano*

de ambas, la Teología Fundamental ofrece los elementos básicos para toda ulterior reflexión teológica sobre los contenidos de la revelación cristiana, a los que se accede mediante la fe. Ello no debe entenderse, sin embargo, como si concibiéramos nuestra disciplina de manera predominantemente formal, buscando ofrecer una epistemología teológica. Esta forma de comprender la Teología Fundamental constituye una de las concepciones posibles de esta parte de la teología, pero no la única, ni siquiera la predominante.

En nuestra concepción, la Teología Fundamental se distingue de la *Introducción a la Teología*. Es a esta última a la que se debe pedir que introduzca en el terreno teológico, describiendo los recursos con que se cuenta, los métodos a seguir, las referencias que hay que tener en cuenta, etc. La Teología Fundamental supone todo ese trabajo y se sirve de sus resultados. Pero ella se concibe como disciplina plenamente teológica, como reflexión en el interior de la fe, a la cual sirve de modo propio en cuanto búsqueda radical de comprensión («fides quaerens intellectum») de la autocomunicación de Dios a los hombres, y de la respuesta de la fe. Por eso, aun cuando la Teología Fundamental deba referirse a cuestiones que trata también la *Introducción a la Teología* (por ejemplo, la tradición, la Escritura, la misma noción de revelación), lo hace de un modo propio. La Teología Fundamental no describe el *quid* y el *quomodo fit* de la teología, sino que integra esos elementos en una unidad de comprensión fruto de la relación que los misterios de la fe guardan entre sí; en una comprensión plenamente teológica, por tanto.

Nuestra exposición se estructura en dos partes, cuyos respectivos centros son la revelación de Dios y la respuesta del hombre en la fe, por un lado, y la credibilidad-razonabilidad de la revelación, por otro. El conjunto de las cuestiones incluidas en ambas recorren los diversos aspectos de la disciplina que han encontrado un lugar, o lo han conservado ya desde el tiempo de la apologética manualística, aunque a veces ese lugar haya sido redimensionado en la Teología Fundamental. Por ejemplo, la parte dedicada a la religión, no es ya la primera de las cuestiones, sino que se presenta como teología de las religiones, después de tratar de la revelación. De modo semejante, el llamado *analysis fidei* ha visto simplificadas las sucesivas fases con las que era explicado, de acuerdo con una disminución de preocupaciones sistemáticas. En cambio, han adquirido más importancia otros temas antropológicos relacionados con el recibir y responder humano a la autocomunicación y automanifestación de Dios en Cristo. En este punto, de todos modos, hemos querido mantener un equilibrio y referirnos a las cuestiones antropológicas esenciales implicadas en nuestro tema, pero sin pretender tratar, ni remotamente, de todo el problema humano y de las soluciones que éste ha recibido en los diversos ámbitos del saber.

Como queda ya apuntado anteriormente, asumimos una perspectiva teológico-dogmática, de modo especial, en la primera parte. Esta perspectiva se mantiene al tratar de la credibilidad, aunque ahora es además necesario incorporar análisis específicos de la dimensión de diálogo que caracteriza a la Teología Fundamental, es decir, del método apologético. Es necesario resaltar que la credibilidad y significatividad de la revelación de Dios en Cristo vienen en un segundo momento. Significa que la necesaria dimensión apologética de la fe no es la cuestión primera, sino segunda; es decir, es actividad que realiza la fe confesada sobre sí misma a la luz de las relaciones que guardan el creer y el conocer humano. Es en este punto donde adquiere toda su importancia la dimensión de acontecimiento que acompaña inseparablemente al misterio cristiano, a los misterios de la fe. Entre estos acontecimientos corresponde el primer lugar a Cristo, y, desde Cristo, a la Iglesia.

Al tratarse de un manual para el estudio, las cuestiones se exponen de un modo interrelacionado y al mismo tiempo independiente, es decir, partiendo en cada caso de los datos fundantes de la reflexión teológica. Esa opción expositiva lleva a que en cada tema se aborden todos los elementos necesarios para la comprensión. Una consecuencia de este modo de proceder es que algunos datos y cuestiones fundamentales aparecen en diversos lugares. Por ejemplo, algunas enseñanzas del Concilio Vaticano I y del Vaticano II se encuentran al tratar de la revelación, de la fe, de Cristo, de la Iglesia. Lejos de considerarlo como un inconveniente, creemos que la repetición en diversos contextos, o bajo diferentes aspectos, de datos o reflexiones fundamentales ayudan al estudiante a hacerse más cargo de su importancia, a la vez que refuerzan la familiaridad con los tópicos de la Teología Fundamental, y enseñan al alumno a relacionar elementos diversos.

Por lo que se refiere a la bibliografía hemos pretendido ofrecer una información suficiente, que sea al mismo tiempo asumible por los estudiantes de teología. En ella se pueden encontrar obras generales referidas al campo de la Teología Fundamental, y un número no desdeñable de monografías o estudios sobre aspectos más concretos. Con ello queda abierto el campo para una posible búsqueda más especializada, que puede hallar en esas obras una ulterior información bibliográfica.

El presente manual hubiera sido imposible sin la abundante reflexión teológica en torno a las cuestiones teológico-fundamentales de los últimos treinta años. Si hubiera que señalar un punto de arranque, habría que ir hasta el Concilio Vaticano II que se ha ocupado de todo lo relacionado con la revelación, la fe y la llamada del hombre al encuentro con Dios. Su enseñanza ha sido un activo fermento para la teología de este final de siglo y, sin duda, lo seguirá siendo para afrontar los desafíos del nuevo milenio que está ya a las puertas.

Debo agradecer a mis alumnos de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra toda la colaboración que, directa o indirectamente, me han prestado para elaborar esta obra. Ellos han sido los primeros destinatarios de los materiales que se presentan aquí formando una unidad. Sus observaciones, y también sus dificultades, me han ayudado a perfilar aspectos o partes necesitadas de reforma o aclaración, y a completar o eliminar lo que faltaba o lo que resultaba superfluo. Espero seguir recibiendo esa ayuda para mejorar este trabajo que se presenta, necesariamente, con una intención de provisionalidad. También a mis colegas de Claustro de la Facultad debo agradecimiento, especialmente al profesor J. L. Illanes, de quien he recibido siempre estímulo y de cuya sabiduría teológica me vengo beneficiando desde hace años. Con el profesor Illanes y con el profesor J. M. Odero he compartido durante años el cultivo de la Teología Fundamental. Soy deudor también del profesor F. Conesa por las atinadas observaciones y sugerencias que me ha hecho para mejorar el texto, así como del profesor J. Chapa con cuya ayuda he podido manejar por los intrincados vericuetos de las cuestiones histórico-exegéticas. El Dr. Juan Alonso ha colaborado conmigo de diversas maneras en el trabajo de preparación de esta obra. Finalmente, debo hacer referencia a la ayuda que me ha prestado D. Matías Bayón en la labor de revisión del manuscrito y en la corrección de pruebas.

NOTA A LA TERCERA EDICIÓN

En los diez años que han transcurrido desde que apareció la primera edición de esta obra, la Teología Fundamental se ha ido consolidando cada vez más como disciplina teológica con una estructura y un método propios. Algunas cuestiones han recibido en este tiempo aportaciones diversas que, en parte, han obligado a abrirse a nuevos enfoques. Una de estas cuestiones ha sido, por ejemplo, la de las relaciones entre la fe cristiana y las religiones; o también, el desafío que supone para la teología la evolución de algunos planteamientos filosóficos, científicos y sociales.

En esta tercera edición se incluyen algunas modificaciones significativas en relación con las anteriores. La primera de ellas consiste, como no podía ser menos, en la actualización de la bibliografía y de documentos oficiales. Más importante desde un punto de vista cuantitativo es la eliminación de algunas partes y la incorporación de elementos nuevos. Algunas cuestiones que tenían relevancia hace una decena de años, hoy ya no tienen tanta, y al prescindir de ellas se aligera un poco el texto.

El desarrollo de todo lo relacionado con el cristianismo y las religiones me ha llevado a añadir un capítulo sobre esta temática. El número total de capítulos, sin embargo, no cambia porque el antiguo capítulo 15 sobre *El milagro* desaparece como tal, y el tema pasa a integrarse dentro

del estudio de la credibilidad. También se ha modificado el orden de exposición de algunas otras cuestiones.

Por su parte, en estos años se han multiplicado los títulos que, de un modo u otro, tratan del llamado «Jesús histórico» (caps. 16-18). El lector encontrará algunas referencias a obras recientes sobre este tema, pero no una información bibliográfica exhaustiva ni tampoco alusiones a fenómenos mediáticos –extra e intraeclesiales– relacionados con un pretendido «auténtico Jesús de la historia». La razón de este hecho es doble: en primer lugar porque esta obra es un manual para el estudio, y no es por tanto el lugar donde dejar constancia de la erudición del autor –mucho o poca– sobre las últimas hipótesis publicadas. Hay además razones de más calado, que tienen que ver con algunos planteamientos metodológicos.

Hoy asistimos –es evidente– a un enorme desarrollo de las ciencias que aportan datos para un mejor conocimiento de este u otro aspecto de los Evangelios: datos históricos, filológicos, sociológicos, etc. Sobre todo a partir de la llamada «*tercera búsqueda*», contamos con una información muy rica sobre el medio judío en que vivió Jesús. Pero cuando se llega al núcleo de lo que sabemos históricamente sobre Jesús mismo, las aportaciones son, con frecuencia, decepcionantes tanto por el escaso avance que suponen como por el elevado nivel conjetural con que se producen. Aquí entra un segundo elemento, metodológico y teológico, que se refiere a las relaciones entre la historia y el dogma.

El modo cómo se relacionan la historia y el dogma es muy complejo y demanda análisis detenidos que aquí no podemos ofrecer. Baste decir, sin embargo, que la cuestión no es nueva, y goza de una amplia tradición en el último siglo y medio (ejemplo de ello es la interesantísima obra –recientemente editada en castellano– de M. Blondel, *Histoire et dogme*, de 1904). Sin embargo, algunos autores han asumido acríticamente y sin ningún recelo postulados historicistas que acaban estableciendo una separación insalvable entre su «Jesús de la historia» y el Cristo confesado en la fe. El resultado en ocasiones es que lo que acaba teniendo resonancia pública como aportación a un mejor conocimiento de la historia de Jesús, parece ser todo aquello que pone en duda el fundamento histórico de la fe cristológica.

Agradezco una vez más las observaciones que me han hecho llegar colegas y alumnos; en especial debo mencionar las recibidas del profesor Juan Alonso, que cada curso comprueba la utilidad y las limitaciones de esta obra para el estudio de los alumnos de teología. Espero que esta nueva edición ofrezca un instrumento mejor para el aprendizaje y maduración de quienes se dedican a las ciencias sagradas.

Pamplona, 6 de octubre de 2008

C.I.